

Un lastre de décadas



Los años setenta agonizaron en un país que no pudo redimir la provincia sometida a un siglo de atraso ni avizorar la ciudad que anticipaba un siglo de convulsiones. La sociedad colombiana era entonces un marasmo de melancolías, abandonada de cualquier certeza. De la certeza en los descollantes políticos de plaza pública que no lograron cerrar la brecha; de la certeza en unos planes de desarrollo que sólo nos aliaron al subdesarrollo; de la certeza en unos curas y unas monjas divididos por el fantasma de un concilio que la iglesia

no dejaba recorrer; de la certeza en unos artistas e intelectuales cada vez más díscolos, incomprensibles y desencantados; de la certeza en una milicia y una policía siempre inciertas, obnubiladas en detectar comunistas y en caso contrario en parirlos con la tortura; de la certeza en unos periodistas que no trascendían aún el corrillo de directorio ni la crónica roja; de la certeza en unos actores y actrices que resoplados de los transistores o de las tablas empezaron a circular masivamente por la televisión creando una minúscula farándula de parroquia. Los años ochenta



ta trajeron un país ausente de un futuro promisorio, desbordado en un pasado de certezas fracasadas.

Las generaciones colombianas que surgieron al mundo entre los años setenta y ochenta nacieron desguarecidas: sin la euforia nacionalista de la celebración del centenario que acompañara a tantos en los años diez y veinte; sin el optimismo en la revolución liberal que iluminara los espíritus en los años treinta y cuarenta; sin la esperanza en las virtudes del cambio democrático o revolucionario que tanto solaz hiciera en aquellos que supieron del mundo a finales de los años cincuenta y comienzos de los años sesenta. Por el contrario, las generaciones de los años setenta y ochenta tuvieron que sobrellevar la desazón de una soberanía minusválida, de un estamentalismo bipartidista y de una democracia sometida a estado de sitio. Sin duda, unas generaciones que no tuvieron para sí sino los fracasos de un siglo. Con excepciones, obviamente, con algunos espacios de promisión, que no obstante fueron progresivamente eclipsados, ya no por la estulticia nacional, sino por los vientos que trajeron una revolución conservadora de matices planetarios que enalteció el desenfreno del capitalismo, que pudo enterrar a un esclerótico socialismo real y que definió un horizonte existencial donde todas las empresas debían conducir sólo al frenesí desbocado del sí mismo.

En este país de melancolías enferizas, donde se creía que todo pasado fue mejor aunque al final nunca pasó nada, se hicieron visibles unos personajes que

se convirtieron en los hijos prósperos de nuestros fracasos: en unos años blandieron la bandera nacionalista con ardor parroquial en protesta por la extradición, por la presencia de fuerzas extranjeras en nuestro territorio y por el peso ignominioso de la deuda externa; en unos años proclamaron sus filiaciones partidistas, reclamándose la sangre nueva de la política nacional que aún sin cargos o nombramientos podía resarcir barriadas infelices o atender a los desvalidos de una catástrofe; en unos años montaron sus propias cuadrillas de sicarios que al amparo de un tenebroso estado de sitio emprendieron el ajusticiamiento arbitrario de todo aquel que amenazara al Estado que pretendían sólo para ellos; en unos años estos personajes pudieron proclamarse hijos convencidos, marginales es cierto, pero al fin y al cabo hijos y al fin y al cabo convencidos, de unos tiempos donde todo lo que reproducía eficientemente el capital era válido, donde el consumo ostentoso abría todas las puertas, donde todo era vendible o adquirible. Pocos como estos personajes pudieron aprovechar un mundo rural atrasado al que devoraron sin vacilación; pocos como ellos pudieron afincarse en un mundo urbano al que habrían de estremecer hasta los cimientos. Los narcotraficantes, también conocidos como barones de la droga, mafiosos o simplemente magios o traquetos, no son los hijos descarriados de un país de certezas, sino los hijos más juiciosos de un país de incertidumbres. Los narcotraficantes, con su secuela al parecer inmarcesible de socios, ayudantes, intermediarios, testaferros, colabora-



dores o simples acompañantes, son los hijos predilectos del fracaso nacional que hemos sido.

Aunque los narcos aparecieron a finales de los años sesenta, sólo se hicieron plenamente visibles a finales de los años setenta. Los narcos de poca monta, habitualmente delincuentes de vieja data, se hicieron visibles en pueblos recónditos o en barriadas populares o de clase media. Los narcos de marca mayor, de diversas extracciones, se hicieron visibles en comarcas extensas y en los mejores barrios de las ciudades, donde sus estilos de vida ostentosos pudieron en principio aparecer como formas risibles de un ruralismo pudiente o como modos pretensivos de unas ignotas clases emergentes. Fue en aquellos tiempos donde las historias mafiosas se revistieron como simples anécdotas de salón, percibidas con ingenuidad apacible, como manifestaciones que ratificaban esa pujanza tan colombiana o como expresiones adicionales de una criminalidad que no dejaba de ser celebrada por su picaresca, por su audacia y por su efectividad. Aunque el país estaba lejano de cualquier edad de la inocencia, perdida casi desde su nacimiento, pocos avizoraron que detrás de esas anécdotas de salón estaban los prolegómenos de una afrenta estructural contra el Estado y la sociedad que en una década escalaría a asesinatos selectivos, a atentados indiscriminados, a penetraciones perniciosas a toda la institucionalidad y, finalmente, a la constitución de unos terroríficos ejércitos que coparon regiones enteras del territorio nacional.

Precisamente, hace veinticinco años, la sociedad colombiana tuvo una primera advertencia de la magnitud que presagiaba el fenómeno del narcotráfico. Esta advertencia quedó plasmada en el asesinato del Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien hiciera las primeras denuncias vehementes sobre el accionar mafioso en el país. Desde abril de 1984 la sombra macabra del narcotráfico emprendió el ajusticiamiento a representantes de los más diversos sectores del país, en una escalada de víctimas aún sin cuantificar, básicamente porque ellas continúan día a día. Un país marginal fue llevado de las orejas por los narcotraficantes hacia la modernidad, pero por entre las cloacas, de donde no ha salido: impusieron un proceso de acumulación donde la violencia no es prerequisite sino factor constante y creciente; jalonaron una racionalización económica donde el lucro depende de arriesgar a los otros; convirtieron la democracia participativa en fuente de un corporativismo mafioso; impulsaron el consumo como repatriación de viejas formas estamentales; desistieron de la caridad religiosa en beneficio de una filantropía extorsiva; auspiciaron unos credos ultraconservadores que por su propio carácter recalcitrante avalan las formas más infames de discriminación y eliminación; impusieron unos estilos de vida sostenidos en la exageración de las apariencias, de la adquisición y del uso de la fuerza. Todo esto con el uso sistemático del terror.

No obstante esta arremetida cuenta del narcotráfico, que mandó al país hacia el futuro por entre los caños de la moder-



nidad, es evidente que ella no supuso una condena masiva de la sociedad, de lo que implicaba para su presente inmediato, de lo que acarreaba para las generaciones posteriores. Es cierto que este país ha sido víctima del narcotráfico, que ha eliminado a decenas de políticos, de periodistas, de intelectuales y de servidores públicos que lo han denunciado valerosamente, que ha eliminado a miles de personas que han quedado en medio de sus guerras maníáticas. Sí, cada episodio trajo y trae condenas y críticas a los mafiosos. ¡Pero ay de nuestras históricas hipocresías! En medio de la sociedad dolida con cada episodio afrentoso, muchas veces como plañideros piadosos, han estado aquellos que simplemente han permitido consumir el fin último del narco, que no es precisamente enviar cargamentos, sino acceder, tener y acu-

mular, sean instituciones, bienes, personas o cosas. El narcotráfico supo aprovechar todas nuestras miserias, convirtiéndonos en una sociedad convencida del voluntarismo económico, del simplismo político y de la frivolidad cultural, en últimas, una sociedad superficial donde amplios sectores están consumidos en el trato mañoso y la pirámide, subyugados por los mesianismos de todas las pelambres, obcecados en unas telenovelas que les muestran lo que nunca fueron y en unos horóscopos que les dicen lo que nunca serán, decididos en el vil racismo de las apariencias. Este efecto estructural es quizás el impacto más profundo de este lastre de décadas, tan propicio para unas generaciones que parecen haber nacido envejecidas por las decepciones, cuando no agonizantes por los fracasos.

Bogotá, D.C.
abril de 2009.

✖

